

Gracias a los cuadros expuestos vemos la utilización de la pintura para transmitir el mensaje cristiano, para la Catequesis y para el estímulo de la devoción que llegará al sincretismo tan característico del Alto Perú.

Podemos considerar los rasgos propios de la pintura peruana, especialmente de la cuzqueña, los buenos como los que no lo son tanto. Pero la ingenuidad de su pintura popular sigue teniendo capacidad de seducción en esta época que ya está harta de todo.

Los cuadros se presentaban colgados, sin alharacas de montaje y con un cierto desorden, en los muros del claustro que dibujara Feduchi y se encontraban, realmente, en casa. Lástima que el comisario de la muestra, Luis Hurtado, no se haya ocupado de publicar un catálogo que nos permitiera discutir algunos cuadros dudosos. Pintores anónimos que, a pesar de los ditirambos que abren el libro sobre pintura peruana sustitutivo del catálogo, no nos hacen olvidar los juicios coetáneos de un Concoloncorvo; obras de un Bitti cuya contemplación en las cercanías de El Escorial nos explica el por qué de su jesuítico destierro; Medoro, Luispe Tito, Basilio de Santa Cruz... los fastos en las calles de Lima o Cuzco. Los reflejos zurbaranescos se unían a las guirnaldas florales que, en tan raras ocasiones, muestran cantutas pero nos traen un olor a jardín madrileño cultivado por Arellano aunque rodeen a una Virgen María convertida en industriosa ñusta; ángeles caballeros —¡qué ocasión para compararlos con los de Ezcaray!— cortesanos descendidos del Altiplano a Lima y posados, en su vuelo, en esta sugestiva muestra.

JUAN JOSÉ JUNQUERA
Universidad Complutense

EL JARDÍN DE MELIBEA

Monasterio de San Juan. Burgos
18 de abril / 20 de junio de 2000

Como colofón de los actos conmemorativos que se han llevado a cabo del V Centenario de la publicación, en la imprenta burgalesa de Fadrique de Basilea, de la primera edición de *La Celestina*, la Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, ha organizado una exposición, bajo el título *El Jardín de Melibea*. El lugar elegido ha sido el claustro y la sala capitular del antiguo monasterio de San Juan de Burgos. Tomando como base la obra de Rojas y teniendo en cuenta la riqueza de aspectos que nos trasmite, los organizadores de la muestra han intentando acercar al espectador no sólo de forma directa los elementos y personajes que en ella aparecen sino todos aquéllos que forman parte de una tradición latente que hunde sus raíces antes de la aparición de la tragicomedia y que pervive en momentos posteriores. Se inicia el recorrido con una serie de las más interesantes ediciones de *La Celestina*. Lamentablemente no se ha podido contar con la edición *princeps* burgalesa propiedad de la Hispanic Society neoyorquina. En un segundo espacio, se ha tratado de recrear el ambiente de la casa noble castellana de finales del siglo xv, reuniéndose elementos de ajuar doméstico, destacándose el gran tapiz bruselense del Museo Nacional de Artes Decorativas de Madrid o el *Tapiz de la vida señorial: la partida de caza* del Museo de Cluny que refleja una de las actividades características de las clases acomodadas a las que pertenecía Calisto. Uno de los escenarios esenciales en *La Celestina* es el jardín. Una larga serie de obras de enorme calidad, tratan de reflejar este tópico literario y artístico. Destacan varias pinturas alusivas a

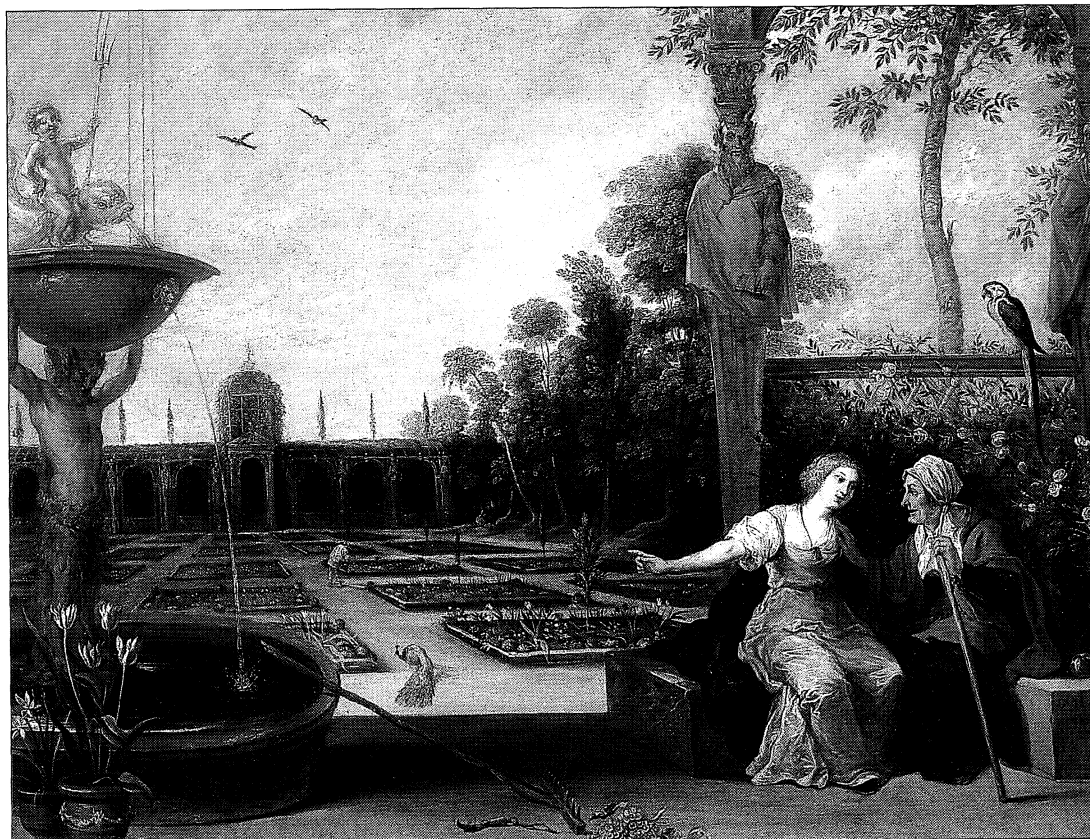


Fig. 1. David Teniers «el Viejo»: *Vertumno y Pomona*. Kunsthistorisches Museum Wien, Viena.

Adán y Eva, en el Jardín del Edén, como la realizada por Jean Gossaert, procedente del Museo Thyssen-Bornemisza y la de Lucas Cranach del Muzaeum Narodowe de Varsovia. El jardín como fondo de pasajes amorios es protagonista en una gran cantidad de obras, como en la *Venus recreándose en el amor y en la música* de Tiziano del Museo del Prado. Especial mención merece la pintura titulada *El hortelano* de Arcimboldo que procede del Museo Civico Ala Ponzone de Cremona. Las parejas de amantes genéricas o específicas, identificables con los protagonistas de la novela de Rojas, quedan ampliamente representadas a través de obras como la bella escultura titulada *El beso* de Rodin, que se conserva en el museo de este escultor en París o la pintura *Paolo y Francesca* de Ingres del Museo de Bellas Artes de Angers. La dama objeto de veneración o amor está también presente a través de impresionantes piezas como el bellísimo busto quattrocentista de una mujer desconocida de Francesco Laurana, procedente del Louvre o la *Venus* de Ammannati del Museo del Prado. El siguiente capítulo se dedica a la Celestina y a todas las figuras parejas en sus actividades. Destaca la visión que Goya dio de esta figura en obras como *Maja y Celestina*, de la Colección Paloma Mac-Crohon Garay de Madrid y algunos grabados con viejas. Desgarradores son los óleos titulados *Trata de blancas* de Sorolla del Museo Sorolla de Madrid, *Celestina* de Zuloaga del Museo Thyssen Bornemisza y *La Jaula* de López Mezquita. Impresionante es el cuadro *El pecado*, de claras citas velazqueñas, obra del cordobés Julio Romero de Torres conservado en el museo de su ciudad natal. El epílogo de la Exposición hace referencia al desventurado final de los amantes: la muerte. Además de la estremecedora imagen escultórica, representativa de la parca de Gil de Ronza del Museo Nacional de Escultura, encontramos alguna *vanitas* del siglo XVII como el óleo *La*

muerte y el galán de Pedro Campobrán, procedente del Hospital de la Caridad de Sevilla. Junto a estas obras tenemos otras que representan la muerte de los amantes, tema clásico en la literatura y el arte, destacándose la bella escultura *La muerte de Adonis* de Rodin, procedente del Museo Rodin de París o las dos sátiras del *Suicidio Romántico* pintadas por Alenza y conservadas en el Museo Romántico de Madrid.

RENÉ JESÚS PAYO HERNANZ
Universidad de Burgos

ENCRUCIJADAS. LAS EDADES DEL HOMBRE

Catedral de Astorga 2000

Desde la ya lejana primera edición de las *Edades del Hombre*, celebrada en Valladolid, han sido muchas las exposiciones que bajo este epígrafe han tenido lugar en la comunidad de Castilla-León, y todas ellas con éxito de calidad y afluencia de público.

La edición de este acontecimiento en la ciudad de Astorga ha sido acogido en las dependencias de la catedral con un apéndice en el Palacio Episcopal del catalán Gaudí. Si para el mundo cristiano las diversas «Encrucijadas» que se proponen responden a un encuentro del pueblo con el Señor, el espectador profano hallará en ellas un magnífico exponente artístico, al servicio del mundo cristiano, cuyo goce estético alcanza a todos.

Estas exposiciones tienen de positivo muchísimos aspectos. Yo destacaría, entre ellos, el intrínsecamente artístico como respuesta a una mentalidad religiosa y al hecho de que gracias a ellas recuperamos para nuestro patrimonio obras deterioradas por el tiempo que, para su exposición, han sido restauradas.

Si la visita a la «exposición» constituye lecciones de arte en sus diferentes manifestaciones, el catálogo supone una pieza importante para el estudio del mismo. Encargado a eminentes especialistas en cada una de las materias, los capítulos introductorios nos conducen a los diversos temas: «La encrucijada de los dioses», «La encrucijada de los caminos» y «la encrucijada del hombre», en la que cabría destacar algo tan importante como el papel del libro en el cambio de pensamiento, abriendo la posibilidad al hombre hacia nuevas concepciones del mundo.

Cada «encrucijada» va acompañada de una serie de piezas, bellísimas e interesantes, que subrayan el carácter que se quiere destacar en los diversos capítulos. Cada pieza, estudiada en su aspecto histórico y formal, se acompaña de una bibliografía puesta al día que, al final del libro, aparece reunida por orden alfabético. El interés de las obras expuestas no se limita a la mera contemplación e información sobre ellas, sino que plantean al estudioso reconsideraciones en los aspectos formales y de mecenazgo. La cuidada y bella edición del catálogo completa esta magnífica exposición.

ISABEL MATEO GÓMEZ